

Cosío en aventuras de caballero águila

La Academia de la Investigación Científica

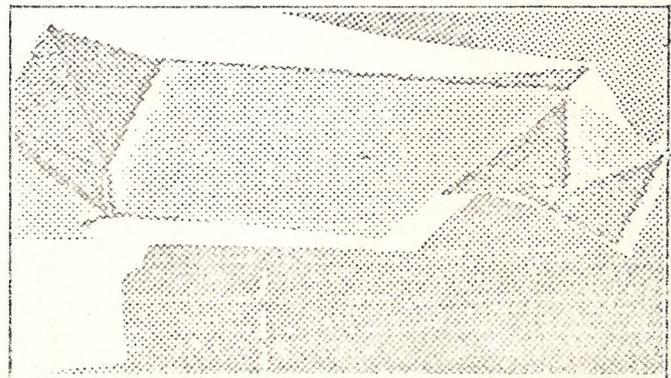
Se propuso en el ciclo "Ciencia: la contribución mexicana" difundir los logros de los científicos mexicanos para que sepa nuestro pueblo, tan propenso al malinchismo, que también en Sahuila llueve y para que los jóvenes de acá aspirantes al rigor escolástico no vayan a creer, que por culpa de la pobreza, la desigualdad y las humillaciones, los compatriotas no han sido capaces de hacer ciencia profunda. Según los académicos de la AIC, las contribuciones nacionales son poco conocidas y apreciadas por el público y por la república de los sabios, especialmente por nuestros jóvenes con vocación científica que aún están en actitud de despegue, y por lo mismo, en buena disposición de imitar, y qué mejor que imiten a los Pasteur, Freud y Weber domésticos. Los académicos de la AIC suponen que el mejor modo de conseguir su propósito es el de ofrecer, al través de las rutas masivas de comunicación, por la prensa, la radio y la tele, la vida, la obra y los rasgos esenciales del espíritu de los dioses mayores de la sabiduría mexicana. En el campo de las ciencias sociales, creen que un modelo sobresaliente, poco conocido y muy digno de imitación es don Daniel Cosío Villegas y estiman que sirve para esparcir este modelo de científico social su servidor, que fue, por muchos años, aprendiz en su taller.

Desde el preciso momento en que acepté la invitación de convertirme en microbiógrafo de un Daniel Cosío ignoto y ejemplar sentí doblez de piernas. El hecho de haber contemplado el asunto de mi semblanza casi cotidianamente los últimos veinticinco años de su vida no me da la persona que me piden porque lo más importante de mis recuerdos acerca de ella ya está escrito, porque se trata de un caso difícil de precisar (complejo y cambiante) y porque, como ya lo dije, "la reciedumbre, la valentía, la memoria, la inteligencia, la facilidad de mando, el dinamismo y la eficacia de Cosío Villegas no son atributos contagiosos", imitables. Sin embargo, poseyó virtudes susceptibles de apropiamiento o robo. De éstas, se escribió mucho a raíz de su muerte, cuando se habla bien de las personas.

Lo que podría decir acerca de don Daniel ya está en su mayor parte declarado en varias publicaciones: en una *Memoria* del Colegio Nacional, en reseñas periodísticas sobre sus libros, en la media docena de discursos delante de su tumba con motivo de los aniversarios de su muerte,

en una larga nota de Charles Hale, en el prólogo de Antonio Alatorre a los *Extremos de México*, en un artículo de Stanley Ross, en las automemorias y en el concienzudo análisis de vida que acaba de publicar Enrique Krauze. Las *Memorias* se publicaron inconclusas y sin que el memorioso les pasara el cepillo, sin la última mano que los autores acostumbran darles a sus textos. Como quiera, y contra la opinión de algunos críticos, es una obra magistral, pese a que sólo esporádicamente es autobiográfica y no es en todos los pasajes muy precisa. Por deseo del autor, refleja principalmente el ámbito académico y político vivido por Cosío que no a Cosío mismo, nos enseña mucho acerca de los hombres del Ateneo, los Siete Sabios, la vida universitaria preautónoma, los presidentes y ministros mexicanos de Obregón a Echeverría, nuestra industria editorial y los intelectuales españoles transferrados, y relativamente poco de la vida, la obra y la personalidad del hombre que hizo célebres las siglas DCV. El libro de Enrique Krauze suple algunos de los silencios de las *Memorias*; está hecho con amplia y muy bien cernida información, con cariño e inteligencia; es una hermosa biografía que se ocupa de las más nobles de las múltiples facetas de su personaje, principalmente del itinerario intelectual del deportista, hombre de lucha, político, polemista, sociólogo, literato, economista, traductor, ejecutivo, fundador, musicólogo, trotamundos, abogado, editor, diplomático, maestro, historiador, políglota, politólogo y mexicanólogo Daniel Cosío Villegas. En la obra de Krauze está el alma del ilustre difunto muy entera y muy próxima a la original.

Como en la biografía dicha está dicho lo que los jóvenes aprendices de sabios e intelectuales le pueden copiar a don Daniel, me debería ceñir, en esta ocasión, a propo-



ner la lectura de esa biografía. Como, por otra parte, el *curriculum vitae* del maestro Cosío no es ejemplar a la manera como lo han sido los de los santos medievales, los misioneros novohispanos, los estadistas ingleses o los investigadores de Alemania, quizá no sea del todo útil lo que cuente para los propósitos de la Academia de la Investigación Científica. La trayectoria del caballero águila Daniel Cosío es compleja, quizá fácil de seguir en lo que no es digno de copia e inimitable en sus mejores momentos. No creo que los pedagogos de hoy declaren edificante la

Niñez espartana

de Daniel Cosío Villegas, pues se dio en un ambiente familiar y en un contorno geográfico muy fuera de los apetecidos ahora. El padre de aquella familia era un caballero antiguo, áspero, machista, burócrata, inflexible y de malas pulgas. La madre reunía las virtudes hoy repudiadas de hogareña, sin voz ni voto, sufrida y obediente. De las primeras nupcias de don Miguel Arcángel, que tal fue el nombre del papá de don Daniel, hubo cuatro hijos; de la recaída en el matrimonio, seis. Daniel fue de la segunda serie matrimonial. Nació el 23 de julio de 1898, en tiempos que hoy deploramos porque gobernaban al país Porfirio el chicano y su escolta de científicos. Nació en una zona de la ciudad de México habitada por gente humilde y de clase media baja, y para colmo de desventuras, en departamento contiguo a una pulquería. Entre los gritos del padre y de los borrachos transcurrió su primera infancia.

En 1906, los Cosío se trasladaron a Colima, ciudad de cocos, alfajor, pericos, temblores, volcán, jinetes, fríos palúdicos y veinte mil habitantes. En Colima aprendió a montar a caballo y otras hombradas. En el trópico, patria de la vida, se diseña la suya. A imitación de los cocoteros, se forja su figura, delgada y prominente. Quizá para parecer ave tropical le crece la nariz tanto, y de tanto sol, se le pone la piel rosa. Y eso que convivió poco con el paisaje. Sólo por la escuela pudo vivir algo y a escondidas, fuera del castillo de la pureza que era su casa. Estuvo sumiso a la autoridad de don Miguel Arcángel, en contacto con el papá inflexible, sin muchos roces con mocosos de su edad, casi sin malas ni buenas compañías, en un aislamiento capaz de hacer una criatura soberbia, introvertida, hosca y recta. El niño Daniel fue forjado en Colima, principalmente por la acción del papá ogro, y sólo en segundo término por las tibiezas tropicales.

La vida de Cosío se reparte en seis treceños. Hasta ahora lo hemos visto en construcción física y temperamental, entre 1898 y 1910, esculpido por un padre severo y una naturaleza selvática y calurosa. Por razones familiares, su primer treceño de vida no puede ser aprobado por la pedagogía contemporánea que pide libertad de acción destructiva para los menores. En los tiempos porfirianos aún no se usaba que crianza y escuela fuese de "haz lo que te guste, niño". A eso se debe que al niño Daniel, las maestras lo trajeron al estricote, bien encarrilado; y no sólo a eso, lo duro de su círculo familiar. A Danielito le toca una dosis de regaños superior a la de entonces, ya no se diga a la de ahora. Sin habérsele permiti-

do retozos, retobos, caprichos infantiles y maleriadeces, se pasa su treceño infantil, archisumiso a un empleado del timbre que en 1910 se va de Colima a Toluca. En ésta sufre la familia de don Miguel Arcángel la insurrección revolucionaria, la caída de don Porfirio y la conversión del chamaco de este cuento en un

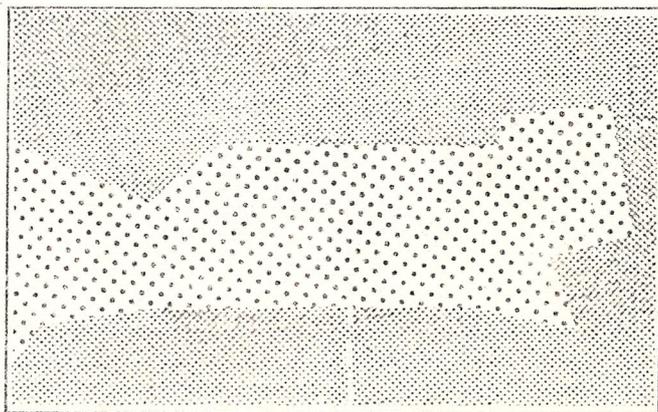
Joven multirrumbo

por causa del ambiente y quizá por culpa del padre. A partir de 1911 hay riñas en el hogar. Algunos de los hermanos huyen de la tiranía paterna. La circunstancia mexicana también se tiñe de rojo. La escuela de Toluca, antes modelo, languidece; la vida callejera se vuelve bronca; a Madero no lo dejan tranquilo en su sillón presidencial. Hay insurrecciones a derecha e izquierda. Por el flanco derecho se levanta el general Victoriano Huerta, y por el izquierdo, el general Emiliano Zapata. Contra los antimaderistas, surgen maderistas armados. Muere Madero; sube Huerta; cae Huerta y tratan de subir miles hasta el sillón del Palacio. El orden porfirico se deshace en un lodazal caótico. El país se hunde en un decenio de turbulencias.

La familia Cosío va de Toluca a Celaya y de ésta a la metrópoli, pero los revolucionarios ya no respetan ni a la ciudad madre de México. En plena urbe, hay balaceras, apagones, robos, sombrero de machete y rifle, irrupción de revolucionarios, fuga de maestros, pillaje, escuelas cerradas, llamadas del ilustre filósofo Caso a la cordura, pocos cursos en la preparatoria y en la universidad, pase de año sin exámenes, autoeducación, y en suma, desorden y violencia. Las circunstancias doméstica, nacional y foránea son de franco desajuste. Mas allá de México y principalmente en Europa retumba la primera Guerra Mundial. El bailoteo no podía dejar quietos o hacer ejemplares a los adolescentes de entonces.

A comienzos de la Gran Guerra y en lo más destructivo de la Revolución Mexicana. Daniel Cosío se inscribe en la Preparatoria. Al salir de aquí se enfrenta a tres opciones profesionales: topógrafo, médico o abogado. Asiste a la Escuela de Ingeniería por corto tiempo y a la de Leyes por mucho. Mientras estudia las diferentes ramas del frondoso árbol jurídico, se convierte en maestro de 1953, a poco del debut de don Adolfo Ruiz Cortines, el segundo civil en la presidencia de la República.

A la serie de presidentes adustos, militares, batalladores y debe vidas, siguió la serie, inaugurada por Miguel Alemán, de los jefes de Estado risueños, civiles y no con-



preparatoriano de ética, español, historia, problemas políticos y de otras materias, y como si eso fuera poco para impedirle ser un estudiante de tiempo completo, fue, alrededor de 1921, futbolista asiduo, robusto y de 1.85 de altura, hombre de café y presidente de la Federación Estudiantil Mexicana, del Congreso Estudiantil Internacional y de la Federación Internacional de Estudiantes. El año en que murió su Arcángel custodio, Cosío estudiaba, jugaba, enseñaba, lideraba y comenzaba a escribir a escondidas en la prensa periódica, concretamente en el diario *Excelstor*. Otro de sus gustos era la música.

La adolescencia y juventud de Daniel Cosío fue, no obstante haber transcurrido en una hora de tremendas penurias, dinámica, inteligente y vistosa. Para 1920 su personalidad estaba tejida de talento reflexivo, actividad y reactividad superiores a la norma, y emoción común y corriente. Ya tenía mucha confianza en sus propias fuerzas y sin mayores esfuerzos se volvió corajudo y aun violento. Llegarían a ser sus vientos el désdén a los demás, el amor propio, el humor sarcástico, la acción dispersa y el pensar hondo, que no tranquilo y, persistente. Según el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, Cosío era una águila de índole dominante una águila libre y de inteligencia mayúscula quien, pese a su juventud, ya prestaba servicios aquilinos a su país con la pluma, con el pico y con las garras.

No fue un alumno ejemplar ni constante, como se ha visto. Cursó las materias preparatorias y universitarias con pena y sin gloria a causa del desquiciamiento de las instituciones educativas, de las pocas carreras profesionales que se podían escoger, de la escasez de maestros, de haberse convertido el alumno Cosío en chile de todos los moles, haberse puesto a transmitir antes de aprender y a ser líder en plena preparación universitaria. En sus tiempos fue un estudiante discutible, irregular, inteligente y sin orden, poco aplicado y receptivo. Su nombre empezó a sonar tan recio como el de los Siete Sabios: Manuel Gómez Morín, Jesús Moreno Baca, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Alfonso Caso. Algunos lo confundieron con los siete, aunque ya entonces se negaba a pertenecer a capilla alguna. Solitario se mantuvo en el siguiente trecentio de su vida, entre los veinticinco y los treinta y ocho años de edad, en su época de

Sabio todista,

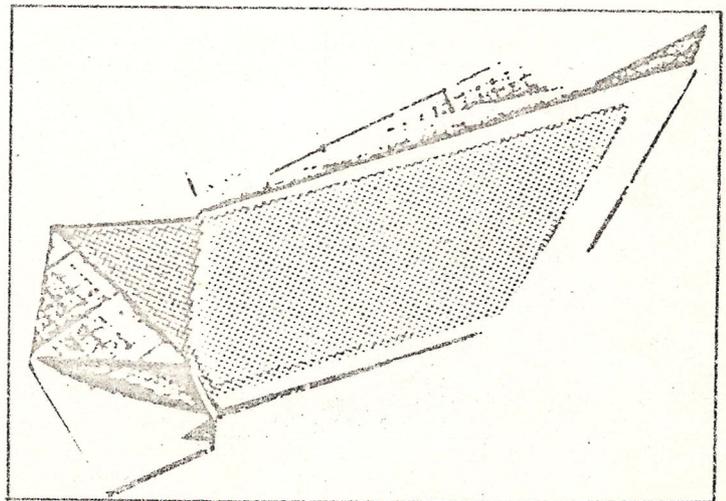
Cuando anduvo metido en muchos oficios y su conducta intelectual se desplegó en varias direcciones. Ya sin padre a quien había que rendirle cuentas, Cosío se entregó al goce de la libertad. El ambiente del país se prestaba para eso. Todo fluía fuera de canales: la presidencia de la República en poder de soldados caprichosos y chicharroneros; las secretarías y gubernaturas dadas a gente inexperta que pedía a gritos la ayuda de expertos para mil tareas diferentes; los jóvenes con formación y cacumen metidos a consejeros y escribanos de políticos, y la idea ambiental de que el hombre de letras debía servir a su nación no sólo con la pluma sino también con la pala; no únicamente con el seso sino a la vez con los músculos; es decir, en el escritorio íntimo y en la mesa de un despacho público.

En el breve trozo de un trienio, entre 1923 y 1925, Co-

sío acometió una enormidad de obligaciones: tesis abogadil, viajes a provincia, coqueteos políticos, desempeño de papeles de funcionario en las secretarías de Educación y de Relaciones, acción alfabetizadora los fines de semana, deportes, noviazgos, matrimonio, música, actividades literarias y actividades científicas. A lo único que le hizo el feo fue a la poesía y a los poetas. Una vez recibido de abogado oscuro, en vista de lo brillante de su actuación como maestro de sociología, obtuvo ayuda para proseguir aprendizajes en el extranjero. Estaba entonces recién casado con Emma Salinas, la veraacruzana rubia e inteligente con quien vive toda la vida. Entre 1926 y 1928 fue estudiante distinguido de economía en Harvard, estudiante despreocupado de economía agrícola en Wisconsin, estudiante desatento de avicultura en Cornell, estudiante irregular en la London School of Economics y estudiante oyente en la facultad de Sciences Politiques de París. Otra vez en México, en los tres años posteriores al de 1928, fue secretario general de la Universidad opuesto a la autonomía universitaria y economista prestigioso en plena crisis económica, y acabó de enemigo de Calles, el Jefe Máximo de la Revolución. Desde entonces proclamó la independencia del intelectual frente al político. Estuvo dispuesto a prestar sus luces a los gobernantes, que no a ser cómplice de las trácalas de la gente de mando.

En el tercer trecentio de su vida, Cosío lee mucho y escribe mucho. Lee de mala gana a los tratadistas del Derecho; más por obligación que de grado, a los autores de libros de economía; por recomendación de su maestro Henríquez Ureña, al fecundísimo Azorín, y por gusto muy personal a Shaw, a Chesterton y a Ortega y Gasset. Escribe, para ejercitarse en la imitación de Azorín, *Mi niaturas mexicanas*; por sentirse novelista, *Mi pobre amigo* y *Santamocha*; como fruto de su magisterio sociológico la *Sociología mexicana*; por encargo de su amigo y protector Pani la *Cuestión arancelaria de México*; encomendado por la Secretaría de Relaciones, el estudio sobre la creación de un organismo económico y financiero de América; por diversas órdenes, varios memoranda, y por su gusto, artículos, en *El Universal*, sobre música y sobre el amor a la mexicana.

Entre 1923 y 1935, la personalidad de don Daniel se acrecentó y no por haber salido de pobre, pues siguió sin quinto, ni por haberse vuelto amable, pues se mantuvo moradamente iracundo, ni por fumar pipa, ni por siste-



mático y distante, ni tampoco por su pulcritud (tweed inglés, chaleco tejido y corbata de moño). Lo hizo alto, además de su estatura, el ser economista en un país de leguleyos y el hacerse al bando científico en una república de poetas. Como economista hizo materialmente chuzas. No trató de guardarse para sí solo los secretos de la nueva ciencia. El quiso compartir su oficio, entonces tan encopetado, entre muchos, como lo demostró con la fundación de la Escuela de Economía (obra de Cosío, no de Bassols), la hechura de revistas especializadas en asuntos económicos y otras tareas de rey mago. Quien conoció a Cosío a comienzos del sexenio presidencial de don Lázaro, podía asegurar que no le perdía pisada al presidente repartidor de tierras, en el papel de

Repartidor de alta cultura

 de empresario cultural como lo llama Enrique Krauze en su jugosa biografía. Gracias a ésta, a las Memorias de este Sarmiento mexicano, a las memoranzas de muchos intelectuales españoles y de la tierra (Moreno Villa, Eduardo Villaseñor, Urquidi, Márquez, Gaos, Alatorre) es posible rescatar en toda su magnitud la vida, la obra, la personalidad y el influjo de Cosío Villegas durante los sexenios de Cárdenas y Avila Camacho, en las horas de más veloz ascenso y de más veloz caída de la Revolución Mexicana.

Con Lázaro Cárdenas la Revolución, que parecía un proceso de enfriamiento desde 1930, se recalentó hasta niveles insospechados por los alardes del agrarismo, de la escuela socialista, de la expropiación de bienes a las compañías petroleras y del apoyo oficial a toda clase de colores rojos. El día cumbre fue el 18 de marzo de 1938. En el último bienio del régimen cardenista empezó el desquite de una Revolución que Avila Camacho condujo hasta el rosa desleído. En vez de campañas contra los curas, los latifundistas y los imperialistas, se emprenden campañas de alfabetización, industrialización y concordia internacional. Desde que la Segunda Guerra enfureció a millones de europeos, asiáticos y norteamericanos, los antes enfurecidos habitantes de México depusieron sus odios, entraron a una Revolución institucionalizada, que no limpia, a un periodo pacífico, que no muy habitable.

En la cúspide de la Revolución, Cosío se da a la tarea de poner en marcha y rápido desarrollo grandiosas construcciones culturales: la revista El Trimestre Económico, la editorial El Fondo de Cultura Económica, el trastierro a la Nueva España de cerebros de la Vieja España y la construcción con tales acarreados, de dos sucesivas instituciones: la Casa de España en México y El Colegio de México. Desde que le falló en 1935 la Secretaría de Relaciones Exteriores (Cosío estuvo a punto de ser el jefe de ese ministerio) y la embajada en Portugal (Cosío fue encargado de negocios allá en 1936 y depuesto casi enseguida) se consagró de tiempo completo a convertir El Trimestre en una estimable publicación periódica, a publicar en el Fondo entre 1935 y 1938, 389 libros de la mayor importancia, a poner en México dos centenares de sabios de la intelectualidad española y a construir con esa gente institutos de investigación como El Colegio de México, tan altamente elitista, que nace con el modesto propósito

de ser el olimpo de la República en el terreno de la ciencia social. De 1937 a 1949 fue caudillo de los intelectuales mexicanos pese a que en ese entonces escribió poco: un folleto contra el Fascismo japonés; un artículo sobre "La crisis de México" o sobre lo que a México le pasaba y le iba a venir; unas notas acerca de los Estados Unidos e Iberoamérica y un ensayo en que desmentía una tesis tricentenaria, la tesis de la riqueza natural del territorio mexicano, el viejo mito que veía en México un cuerno de la abundancia.

Al través del cuarto trecento de su vida, don Daniel desarrolló su cuerda de empresario eficaz, respetable, honesto, docto, trabajador, rotundo, ahorrativo, con mucha inventiva, cerebral, tan práctico como idealista, tan riguroso como tolerante, tan complejo que dejó imágenes encontradas en quienes trabajaron con él. Antonio Alatorre dice: "Era grato tenerlo de jefe". Javier Márquez lo recuerda "altanero, tosco, injusto y cruel". No puede negarse que tuvo el don de mando. Nadie nunca lo tildó de ineficaz; nadie tampoco de enemigo del trabajo. Trabajaba quince horas y en lo requerido en cada momento. Hacía de todo: Estar al día en publicaciones extranjeras, corregir pruebas de imprenta, programar cursos, hablar, con impresoras y con altos funcionarios, hacer cuentas, comprar sillas, mesas, focos, papeles, persianas, volar de un extremo a otro de América, convenir con un autor sobre la publicación de su libro, escribir cartas e informes, violentarse, ponerse rojo de rabia, romper sin miramientos el mecanuscrito de una obra mal hecha o mal traducida.

Pese a sus frecuentes y remotos vuelos y a sus constantes oscilaciones entre la razón y la pasión, la soledad y la amistad, el silencio y el barullo, la prisa y el sosiego, el buen vivir y el ascetismo, siempre desde una posición de izquierda, liberal y proaliada, se impuso su sabiduría. No obstante su repudio del poder establecido, Cosío se volvió notablemente poderoso, muy respetado como editor, como director de estudios económicos del Banco de México, como profesor, como mayordomo de El Colegio de México y como responsable de aquel ensayo sobre la crisis de su patria, que levantó huracanes de cólera entre políticos y sabios agachones y que condujo a Cosío a una quinta etapa de su vida, que lo hizo desde 1950

Historiador del Porfiriato,

 el México moderno y liberal, porque llegó a creer que el estudio de ese México, tan olvidado por los historiadores, ayudaría a interpretar mejor al de ahora, y por lo mismo, a contribuir a su mejoría y buena marcha. Para reseñar la nueva jornada de Cosío me voy a servir de mis propios recuerdos. En diciembre de 1952, cuando seguía estudios de postgrado en París, en un mes en que el frío se metía hasta la cocina, recibí la carta de invitación para incorporarme al Seminario de Historia Moderna de México, presidido por el sempiterno "todólogo" Daniel Cosío Villegas, entonces aspirante a salvar a su país por el conocimiento histórico. Aceptada la invitación, dejé sin precipitación los agrídulces días de Europa, hice un viaje de dos semanas al través del Atlántico, una travesía autobusera y sin apresuramientos de norte a sur de los Estados Unidos y me incorporé al famoso seminario en abril

taminados por rencillas revolucionarias. Alemán mantuvo en el asta la bandera avilacamachista de la unidad nacional e izó la bandera de la industrialización. Como se manejaron millones de pesos en la hechura de presas, caminos carreteros, fábricas, palacetes de mármol y no sé cuántas construcciones archivistosas los opinantes dijeron cosas muy feas, usaron de mucho despotriqué contra el régimen de Alemán, lo que quizá condujo a Ruiz Cortines a su célebre etapa de abstención y de ahorro. Bajo el régimen "codo" del "viejito" todo fue quietud en el interior de México. En el decenio de los cincuenta, también el mundo vivió sin mayores zozobras. La guerra fría entre USA y URSS deja de preocupar a la gente; la guerra de Corea no fue próxima ni de gran susto, y la Revolución cubana todavía no daba color. A la llegada de López Mateos a la presidencia de la República, el color rosa y la tarde sin viento eran lo característico de estas latitudes. La investigación del pasado liberal de México se hizo en medio de una calma chicha.

Cosío, para poder consagrarse a sus investigaciones históricas, le deja el Fondo a don Arnaldo Orfila y la secretaría del Colegio al antropólogo Daniel Rubín de la Borbolla y al filólogo Antonio Alatorre, sucesivamente. Don Alfonso Reyes le enmienda la plana, nombra secretario al poeta Manuel Calvillo. Al darse cuenta que él sólo no podía con la tarea de reconstruir la vida de México de la República Restaurada al presente, fundó en 1950 el Seminario de Historia. Unos de los integrantes de la empresa se ocuparían de la época liberal y otros de la época revolucionaria; pero pronto los investigadores contratados para examinar testimonios de la Revolución no pudieron seguir haciéndolo. Entonces don Daniel y sus fieles se concentraron en la época moderna, en la etapa 1867-1910. A principios de 1952 se comenzó a trabajar en un proyecto que fraccionaba la época liberal en dos periodos (República Restaurada y Porfiriato) y cada uno de los periodos en tres secciones: vida política, vida económica y vida social. El director, con dos o tres ayudantes, tomó la responsabilidad de las secciones de vida política en ambos periodos e hizo responsables a Francisco Calderón de la vida económica en la República Restaurada; a Luis González, en compañía de Emma Cosío y de Lupe Monroy, de la vida social en el mismo periodo; a Moisés González Navarro y ayudantes de igual vida en el Porfiriato, y a una cadena de distinguidos economistas, de la prosperidad porfiriana. En un enorme salón de la Secretaría de Hacienda leíamos, de nueve de la mañana a dos de la tarde, libros, periódicos y demás documentos. Don Daniel, instalado en el fondo del salón, ponía uno de sus brillantes ojos al libro y el otro al equipo. Sólo la escritura la hicimos a solas, ya en nuestra casa, ya en algún cuarto de El Colegio de México, entonces en un caserón colindante con un parquesito. En 1955 aparece el volumen uno de la multivoluminosa *Historia moderna de México*.

Los tres primeros tomos, publicados entre 1955 y 1956, atrajeron amistades y enemistades, aplausos y rechiflas. Cosío fue alabado por los legos y maldecido por los colegas. Seguramente obtuvo el favor de los poderosos y de figuras sobresalientes de la opinión pública. Por esto, el caballero águila ya no pudo seguir su trabajo de tiempo completo en la Historia. Otra vez se presta al servicio oficial. Entre 1957 y 1963 tuvo que repartir las ho-

ras disponibles entre el Seminario, la presidencia de El Colegio de México, la presidencia del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, la supervisión de las revistas *Historia Mexicana*, fundada por él en 1951, y *Foro Internacional*, otra fundación suya de 1960; las visitas y halagos de sus admiradores, las conferencias de El Colegio Nacional que se apresuró a hacerlo de los suyos. Otra vez don Daniel, mientras volaba de un continente a otro, hacía mil cosas. Entretanto sus colegas historiadores se ensañaban con sus estudios históricos.

Los colegas creían que la investigación histórica debía ser labor individual y no de equipo y no les pareció que don Daniel metiese la costumbre de hacer búsqueda colectiva. Los otros historiadores tenían una fe ciega en los manuscritos como fuentes de verdad histórica, pero descreían de los impresos, utilizados mayoritariamente en la confección de la *Historia moderna*. Algunos investigadores de izquierda vieron con verdadera preocupación que Cosío explicara por las personas y sus intenciones, en vez de explicar por una ideología de moda, en vez de acudir a las fuerzas productivas, los modos de producción y la lucha de clases. Los rastreadores del pasado que se consideraban de vanguardia veían en Cosío Villegas a un historiador narrativo que para colmo de males usaba un idioma inteligible y no alguna de las jergas científicas. Sobre su obra cayeron los dictérios contradictorios de idealista, positivista, amateur, tecnócrata, reaccionaria, revolucionaria, sin plan, demasiado planificada, sin unidad, sin diversidad, profusa, defectuosa. Pocos repararon en su mayor y real defecto: el ser inmanejable por el enorme volumen de sus numerosos volúmenes.

Como quiera, la diezvoluminosa *Historia Moderna de México* fue una labor colosal dirigida por un señor que miraba desde muy alto, no por un patrono común y corriente; por alguien con sabiduría no sólo con erudición. Los dirigidos trabajamos a nuestro entero gusto, con ideas previas, prejuicios y métodos aprendidos de Gaos, Závala, Iglesia, Medina, Marrou, Braudel, Weber y alguno más. Cada quien vio aquella época desde su propio mirador. Cada quien puso al servicio de la búsqueda todo su tiempo, su interés y su ciencia inspirados en el jefe a quien ninguno logró pisar los talones ni mucho menos salir adelante. En el equipo, el maestro se llevó los campeonatos de laboriosidad, inteligencia, acopio de materiales, número de páginas escritas, lucidez y eficacia en la exposición. Los que habíamos estudiado para historiadores hubimos de reconocer la superioridad de Cosío. Como era superior a todo doctor sin siquiera haber cursado ninguna materia del curriculum de historia nos dio que pensar que para ser buen clionauta lo de menos era una licenciatura o doctorado de historia y lo verdaderamente importante, un poco de seso y otra cosita.

Por lo demás, la *Historia*, quizá por gorda y cara y no tanto por el repudio de los del gremio, no se vendió mucho y probablemente se leyó menos. La influencia lograda por don Daniel mediante esa obra no admite los calificativos de vasta y profunda. Ha servido más como fuente de informaciones, como cantera de datos, que como libro de lectura habitual y como modelo a seguir. La popularidad alcanzada por Cosío se debe en una mínima parte a la enorme *Historia*, en una parte mayor a sus conferencias en El Colegio Nacional, pero sobre todo a su crítica de la actualidad palpitante, al

Que fue el último Cosío, el de los sexenios de Díaz Ordaz y Echeverría, del que estuve cerca gracias al cultivo de su amistad y a la lectura de sus obras. La amistad nació en la comida de los lunes y en un trío de empresas editoriales en las que fue, pese a mi inferioridad en edad y saber, su copiloto. Desde que el Colegio de México se mudó al edificio suyo de Guanajuato, dio en reunirse lunes tras lunes, primero en La Lorraine y enseguida en el Gallego, para charla y comida con media docena de colmexianos no siempre los mismos. Nos distinguimos por frecuentadores Luis Medina, Lorenzo Meyer, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Bernardo Sepúlveda, Samuel del Villar, Enrique Krauze y yo. Allí se hablaba de todo lo divino y lo humano, pero principalmente de los sucesos políticos del día. También lo traté muy de cerca mientras se cocinaban las *Historia mínima*, *Historia general* e *Historia de la Revolución*, en las que él fue jefe y yo ayudante. Como era suscriptor del *Excelsior*, no me costó trabajo ser lector de sus artículos. Como, contra su costumbre, me regaló sus últimas obras, las leí de un tirón recién salidas de las prensas. Me sé de memoria los vuelos del último Cosío.

Lo rememoro cuando iba a las universidades de Columbia y de Austin donde fue maestro en 1963. Recuerdo cuando le pasó la batuta del Colmex al doctor Silvio Zavala y él se trepó en la Torre Latinoamericana para ponerle fin a la *Historia moderna*. Recuerdo cuando en 1967 se pone al frente de un seminario sobre la política exterior de México. Podría asegurar, sin ver nota alguna, que empezó a escribir semanalmente en el *Excelsior* en 1968, poco antes de la explosión del conflicto estudiantil. Fui testigo del momento en que el presidente Echeverría le da el cheque del premio nacional de letras en 1971. Veo nítidamente los instantes en que aceptó coordinar las tres historias (mínima, general y contemporánea); aquella, para la televisión, en el desayuno del premio gordo; la segunda, en mi cubículo del CEH del Colegio, y la tercera, en la casa de don Daniel, delante de Luis Echeverría, doña María Esther, Rosa Luz, Luis Vicente, las Lupe, las Emma, Armida y yo, después de un sencillo convite. Lo vi en mi tierra, en San José de Gracia, altamente dichoso y dicharachero. Todavía lo oigo cuando tramaba un viaje por Europa que iba a comenzar en Perpignan, con la visita al amigo Jean Meyer y que no se hizo porque murió repentinamente, como el que muere en guerra o el que cae de muy arriba.

En el último trecento, Cosío lee, oye, habla y escribe sin cesar; publica alrededor de cinco mil páginas: dos volúmenes de la *Historia moderna*; uno de *Ensayos y notas*; tres sobre la vida política mexicana reciente; uno sobre su *Labor periodística real e imaginaria* y numerosos artículos no juntados en volumen. En el último lustro, desde que le dio por presentir la venida de su muerte, pone mano a la operación de sus *Memorias*, que él pretendió publicar en vida. En la última etapa de su trayectoria vital, se dobla un poco, se llena de canas, ensordece y camina con cierta lentitud, pero sigue muy laborioso y muy lúcido. Aunque se supone que la gula es el pecado capital propio de los cincuentones don Daniel cometió ese pecado hasta el último día y aunque se dice de los viejos que

todo les aburre es justo decir de don Daniel que casi nunca se le vio aburrido. Con los años no perdió ni la brillantez de la mirada, ni la agresividad de su razón, ni la aptitud de interesarse en esto y aquello. Algunos rasgos juveniles de signo negativo, en la vejez se volvieron positivos. Así su humor que pasa del sarcasmo a la nota de burla leve lo que no quiere decir que se haya vuelto hombre de risa fácil. Con los años perdió pesimismo, pero no dejó de ver a los farsantes y chanchulleros que dificultan la felicidad de los mexicanos. Sólo su voz, un tanto nasal y chillona, permaneció notoriamente opuesta a su porte de caballero águila.

Ya tosijoso, pues nunca pudo deshacerse de la costumbre de fumar, dio magistrales lecciones de buena conducta social. En sus últimas jornadas se da el gusto de prescindir de la aprobación del gobierno. Defiende con sus artículos, plenos de viveza, lógica y gracia, el derecho que tiene todo ciudadano de diferir del poder. Sin eufemismos y sin solemnidad, señala las lacras de los gobernantes, incluso las del presidente de la República, a quien los escritores mexicanos consideran intocable. Gracias a su buen tino para reunir la información ad hoc y su capacidad para descubrir infundios y farsantes, logra poner, en la mayoría de los casos, el dedo en la llaga. Con todo, no se limita a señalar embustes. Como Dice Lorenzo Meyer, su deseo de "velar por la buena marcha del país", lo hace también aducir remedios, soluciones concretas y de fácil aplicación para los escalofríos de la patria. Siempre fue un patriota lúcido en el diagnóstico del malestar y acertado en la prescripción de la pócima que podía hacer un México más libre y feliz.

Lo anterior no dice que haya influido en su último trecento de su vida sobre los poderosos. El influjo del Caballero Águila en las altas esferas de la política fue a menos cuando debió ir a más. Como escritor político, disgusta a la casta gobernante e influye poco en la dirección del país. Con quienes sí hizo amistades entusiastas fue con los gobernados que como es sabido influyen poco en el gobierno. Si éstos influyeran más la influencia de don Daniel habría sido visible y palpable en la buena marcha de la República. No los conocimientos sino la gran sabiduría de Daniel Cosío, por la estructura política de México y la sordera y testarudez de los mandamases no pasó de ser grito sin eco, semilla caída en roca, luz en tierra de ciegos. Daniel Cosío Villegas, con Lucas Alamán, José María Luis Mora, Melchor Ocampo, Ignacio Vallarta, Justo Sierra, Carlos Pereyra, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Octavio Paz es uno de los profetas de la sociedad mexicana. Como la gran mayoría de los citados, predicó en el desierto. Como los grandes de este país, en los momentos de indiferencia del público goza del apapache oficial, y en los momentos en que el público lo aplaude es rechazado por los señores del gran poder. Quizá éstos adivinaban que Cosío con pueblo podía volverse un competidor temible de los poderosos, un filósofo-rey. A su excelente biógrafo, a Enrique Krauze, le confesó poco antes de morir: "Lo que no es política me importa un carajo". A la pregunta de Jean Meyer:

—¿Alguna vez quiso ser presidente de la República?

Daniel Cosío Villegas, a los 75 años de edad, repuso:

—¡Siempre! Nunca quise ser otra cosa.

Su presidenciado habría sido para México una fortuna mayor que la del petróleo.